

Cerrando una trilogía de Ávila: Ávila de las procesiones, Ávila de las Vírgenes y Ávila de la Fábrica de Harinas

Maribel BLÁZQUEZ RODRÍGUEZ

Departamento de Antropología Social
Universidad Complutense de Madrid
miblazquez@cps.ucm.es

CÁTEDRA, María. (2012). *Paisajes de antropología urbana*. Cuenca: ediciones Genuève.

Introducción

A menudo habitamos espacios en los que suceden hechos en los que, a veces, hemos participado de forma activa. Quizá por esa proximidad y cotidianidad, creemos dominar sus lógicas y los mantenemos ajenos a nuestra mirada antropológica hasta que, de pronto, descubrimos una mirada desde el extrañamiento que desvela otros sentidos, otras vivencias. Esta ha sido mi experiencia tras la lectura de este libro sobre la ciudad de Ávila: ha cambiado mi percepción no sólo de Ávila, sino también de acontecimientos cercanos como pueden ser las procesiones y las fiestas religiosas. Ello me anima a pensar sobre las novedades que puede traernos otra lectura de esta ciudad, de sus festejos y rituales; y su aportación a la imagen e identidad que podemos disponer de Ávila.

María Cátedra inició su trabajo de campo en Ávila, allá por el año 1986, y lo ha continuado de forma discontinua hasta nuestros días. Como resultado de esta presencia antropológica en la ciudad ha publicado tres monografías etnográficas; cada una de ellas aborda escenas diferentes de la ciudad desde ópticas diversas (antropología urbana, patrimonio cultural y simbólico), lo que contribuye a perfilar un retrato contemporáneo de algunos de los procesos sociales que atraviesan la vida de esta ciudad y la de sus gentes.

Un santo para una ciudad, obra que inicia esta trilogía, versa sobre los contextos que hicieron y hacen que una figura —San Segundo, Varón Apostólico y primer Obispo—, se conforme dentro del “imaginario” de la población como el patrón de la ciudad. San Segundo ha sido objeto de controversia por la falta de consenso sobre su condición de “invención” o de “descubrimiento”. No obstante, para la autora lo más importante no es profundizar en este debate, sino dilucidar las razones y circunstancias que explican por qué se produce la aparición y la devoción a esta figura. Si la mirada de esta ciudad se había establecido primordialmente entorno a sus murallas, las zonas y acontecimientos sucedidos en su interior; este santo es encontrado en un barrio periférico, fuera de las murallas, habitado por gente humilde, quienes impulsan su devoción. De este modo se dio entrada en la configuración de la ciudad

y en la vida social abulense a otros espacios extramuros y a los grupos sociales de estas barriadas. Se pasa así del Ávila de los caballeros, al Ávila de los artesanos y los comuneros. El relato muestra entonces las luchas de poder de estos diferentes grupos, sus deseos y estrategias para hacerse un hueco en las representaciones colectivas de la ciudad.

La segunda parada la encontramos en el texto *Para Entender las Murallas de Ávila*, escrito junto al historiador y especialista en Castilla, Serafin de Tapia. En este caso se vuelve la mirada a la Muralla y pasamos del Ávila de los Santos al Ávila de los Cantos. Recorremos y revisamos las imágenes, las metáforas y los símbolos acerca de la muralla que han convertido esta maravillosa fortificación en el elemento más significativo de su ciudad, tanto para sus habitantes como para los foráneos.

La tercera obra que cierra esta trilogía es el libro que aquí se aborda: *Paisajes de antropología urbana*. Este trabajo pareciera por un lado unir lo que sucede intramuros con lo que acontece fuera de los mismos y, por otro lado, reunir los santos y los cantos con la diversidad actual de su ciudadanía: la infancia y la juventud con la adultez, los hombres con las mujeres, los nuevos grupos profesionales con los tradicionales, los nuevos barrios con los de siempre, el centro con la periferia, lo urbano con lo rural... Para ello la autora va dando cuenta a lo largo de los capítulos de esta obra de diversos paisajes o escenas urbanas que por su carácter dinámico y performativo constituyen el presente de esta ciudad abulense y permiten una visión más completa y compleja de la misma: las procesiones de Semana Santa, el culto a la Virgen de Sonsoles, el de la Virgen de las Vacas y el proceso de demolición de la antigua Fábrica de Harinas.

La Semana Santa es la primera escena urbana, compuesta de descripciones minuciosas sobre diez procesiones que recorren la ciudad y en las que Cátedra participó de forma activa. Ella lo denomina “llevar la procesión por dentro”, una actitud que le permitió tomar un ángulo desde el que descubrir y plantear algunos de sus cambios y peculiaridades, distinguiendo estos acontecimientos procesionales respecto a los que tienen lugar en otros lugares de España. Las procesiones recorren la ciudad a través de los espacios públicos cardinales que la conforman como urbe y que, al tiempo, la organizan política, administrativa y culturalmente. Desde los lugares de siempre (ciertas zonas intramuros) hasta los nuevos barrios contruidos, como el bulevar donde se ubica un moderno centro comercial.

Se describen, así mismo, las renovaciones que tienen lugar en estas procesiones con la introducción de la participación de nuevos grupos de mujeres y niños. Éstas ocupan posiciones en las que se trata de representar, y no permitir que caigan en el olvido, los modelos tradicionales de mujeres caracterizadas por sus actitudes y vestimenta: con mantilla y de luto, acompañantes en el dolor y la muerte. Estos modelos se conjugan con otros nuevos que las permiten vestirse con un capuchón, tratando de anular o “suspender” durante el tiempo y el espacio de la procesión las diferencias con respecto a los hombres. Estas escenas reflejan las contradicciones actuales que atraviesan las vidas de las mujeres, su coexistencia con diferentes modelos de ser mujer, especialmente en territorios como el abulense, donde ellas siguen construyéndose de acuerdo a nuevos logros emancipatorios, pero sin olvidar

su pasado y sus puntos de partida. La procesión es, por tanto, “un escenario donde se manifiesta el tiempo y el espacio, los diferentes grupos de población por sexo, edad, ocupación y clase social, y su específica visión del mundo” (2012:31).

El segundo paisaje se detiene en la Virgen de Sonsoles, que junto a Santa Teresa, ha sido erigida patrona de Ávila. Paradójicamente, frente a la Santa, Sonsoles constituye el símbolo de la identidad extramuros y el culto más extendido y enraizado. Su ermita fue reconstruida en 1480 y se funda entonces su hermandad, a la que posteriormente se le conceden los derechos para administrar y gobernar la ermita e incluso una bula pontificia. Este santuario se ubica a las afueras de la ciudad, en la zona sur, a seis kilómetros de su centro, en un extenso terreno en el que en otro tiempo se fundó un Hospital de Peregrinos y donde hoy se encuentran también un restaurante, una hospedería, merenderos, parques infantiles, etc. Aunque la Virgen de Sonsoles es una imagen de origen campesino, con una devoción predominante entre la gente del campo y de los pueblos de la periferia, ha integrado a la clase alta en su hermandad y en su culto. Como una expresión de esta adscripción, estas clases pudientes se apropian del nominativo de Sonsoles para nombrar a sus hijas. Es la cofradía más rica de Ávila, en la que predomina un ambiente familiar y popular. En sus ofrendas y devoción también participan niños, jóvenes y habitantes de los pueblos del Valle Amblés a través de los bailes de la bandera. De manera que esta otra Santa, que no se ubica en el centro de la población, su parte más alta y noble, obliga a la ciudadanía a salir de la ciudad, a traspasar sus muros para buscar su protección. Supone asimismo un acercamiento al campo, lugar al que quizá alguna vez pertenecieron sus habitantes, del que emigraron a la ciudad y al que vuelven en este culto. Del mismo modo, este culto aproxima a otra parte de la ciudadanía, cuyo modo de vida se inserta en el campo, y que siempre ha estado presente en la construcción de la vida de la ciudad, aunque no ocupara su centro o sus lugares de poder.

El tercer paisaje religioso nos conduce a otra mujer, a la Virgen de las Vacas, alrededor de la cual se constituye otra cofradía, esta vez la más ruidosa, cuyo origen se encuentra en uno de los barrios del sur de la muralla: la morería. Éste albergaba principalmente a moros y cristianos en la edad media, la mayoría eran artesanos y agricultores. Hoy en día, el vecindario acoge a población trabajadora de clase media y baja. El origen de su nombre se encuentra en el milagro que la Virgen obró cuando se apareció a un labrador y las vacas que estaban allí pastando se arrodillaron ante ella. Todo parece indicar que fue en el siglo XIII cuando se le construyó una ermita. Las fiestas y procesiones se suceden desde entonces, uniéndose distintas cofradías con el fin de librarse del poder clerical y lograr más autonomía en la gestión del culto. La cofradía de la Virgen de las Vacas ha acogido también a nobles y personas de clase alta, contando actualmente con más 800 cofrades. Al hilo de la cofradía, se han ido creando otros grupos: los infantiles (pequemozos); los juveniles (los mozos de la Virgen); y una asociación cultural (*Jarana Vaquera*). Todos ellos participan en la devoción a la Virgen, renovando y mezclando el culto con el baile, el canto y las procesiones, haciendo que ésta constituya uno de los ejes identitarios del barrio. Una de las características de la procesión de la Virgen de las Vacas es que alcanza a toda la ciudad. Sale del barrio y entra en todas las ermitas de la capital, así como en

la mayoría de las iglesias; invita a hacer ofrendas y recibe regalos de otras cofradías, convirtiéndose de este modo en un símbolo del conjunto de la población abulense. La devoción a la Virgen de las Vacas obliga durante algunos días al año al intercambio, a la relación entre diferentes grupos y entre sus diversas hermandades.

El cuarto y último paisaje urbano rescata la historia de un edificio singular de Ávila: la Fábrica de Harinas construida en el siglo XVIII. Conocida por el nombre de “Santa Teresa”, este edificio que sirvió inicialmente como la Fábrica Real de Tejidos, se encuentra en el barrio del Puente y recupera la identidad religiosa de la ciudad. Su creación perseguía el proyecto de modernizar la urbe, aportando progreso y desarrollo a la misma al propiciar, a través de la actividad industrial, su apertura al exterior y el sustento a una parte de la población. Posteriormente, tras varios fracasos, en el siglo XX se reconvirtió en una manufactura de harinas, que funcionó hasta que en los ochenta se produjo un incendio, acontecimiento que coincidió con la tramitación de la declaración de su maquinaria como Bien de Interés Cultural. Su deterioro produjo un debate entre el derribo o la conservación. La primera postura se sustentaba en razones estético-higiénicas-ecológicas y, la segunda, en razones históricas-culturales-turísticas y económicas. Este litigio tuvo como protagonistas a los diferentes grupos políticos gobernantes de la ciudad, a su alcalde y a otros grupos como la Asociación Cultural *Manqueospese la Veré*, la asociación de Vecinos, la asociación *Amigos de la Ciudad*, además de a periodistas e intelectuales que involucraban en la disputa a otros organismos como la UNESCO, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y el Tribunal de Justicia, entre otros. Finalmente, en 1994, se produce el derribo total de la fábrica. Esta escena pone de manifiesto la lucha por mantener una imagen de la ciudad mobiliaria y santuaria frente a otra industrial y profana. No obstante, esta lucha esconde otros debates sobre qué y quiénes definen el patrimonio cultural, o quiénes participan en el diseño urbano abulense, en este caso, nuevas instituciones, agentes y movimientos sociales laicos.

Paisajes de antropología urbana, se abre con un primer capítulo en el que aborda las relaciones entre la Historia y la Antropología. Este preámbulo supone un avance y/o explicitación del lugar determinante que va a ocupar esta disciplina en la etnografía que nos ocupa. Primeramente en la definición de cada uno de los ámbitos de estudio —las procesiones, las devociones y la fábrica de Harinas—, que muestran la multiplicidad de construcciones del pasado, sus divergencias y ciertas explicaciones de algunas variantes de las leyendas y mitos que tratan de recoger lo que fueron. En estas transmisiones destaca la participación de ciertos grupos, como la nobleza y el clero, en hacer visible y transmitir ciertas versiones de la historia y en la invisibilización de otras. En segundo lugar, en la utilización de los documentos históricos y archivos como una fuente de datos, como una voz que se alterna con las de informantes y personas entrevistadas. Y finalmente, en el análisis de una ciudad, Ávila, donde la tradición se plantea como un eje continuo en su identidad; como una “ciudad de toda la vida” (2012:25); en la que pareciera que no hubiera cambios; donde una parte de sus habitantes se afanan en reproducir los acontecimientos como siempre fueron, aunque en ello, aún sin darse cuenta o a propósito, introducen variaciones que la etnógrafa sabe captar, describir y explicar. Su hilo conductor es un

relato diacrónico que conjuga la conexión entre el texto y el contexto, y que apuesta por explicar las acciones de la gente a partir de sus propios relatos y prácticas que expresan continuidades e innovaciones.

Estos paisajes pueden leerse como procesos de patrimonialización, pues se trata de reconfigurar en la contemporaneidad el valor del pasado. Esta patrimonialización alcanza máxima expresión en un territorio como Ávila, ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad, que es densa en objetos y procesos que ya han sido mencionados: las devociones a distintas vírgenes, las procesiones y las huellas de la “industrialización” abulense. La perseverancia de sus gentes en preservar y renovar este patrimonio cultural, además de mantener viva la relación entre la cultura y la ciudad, sirve de manifestación de su vínculo con esta tierra y con sus paisanos, como confesión de sus afectos, en definitiva, como alimento para fortalecer su identidad. Por ello, resulta muy conveniente redescubrir las nuevas formas híbridas en las que se representa y se habla, en las que se mantiene el encuadre religioso mientras se claman y bailan cánticos populares donde se suspenden las jerarquías y las divisiones sociales. Procesos sociales que se articulan con el turismo y las formas de sostenimiento económico, al igual que con contextos globales que empujan a conservar ciertas visiones de la ciudad. Así, por ejemplo, se señala que a partir de los años cincuenta del siglo pasado se ha producido una recuperación de las procesiones como una invitación para visitar una ciudad religiosa, que no sólo ofrece vestigios materiales sino también experiencias espirituales.

Paisajes de antropología urbana es más que una cartografía de determinados procesos socioculturales o de algunos de los símbolos identitarios de la ciudad. Conforman un relato de ciertas formas de organización ciudadana que crean redes de relación, intercambio y solidaridad entre la ciudadanía: en su barrio, entre los barrios, en la ciudad y con su periferia. Un ejemplo son las cofradías presentadas en los tres primeros capítulos, que reflejan una comunidad estructurada en organizaciones sociales laicas surgidas de los barrios, de los cultos, vinculadas a la fe, a la religión, a la par que a la tradición, al territorio y que han tratado de mantenerse al margen del control eclesiástico, a través de cierta oposición a las élites y grupos religiosos. ¿Acaso la cofradía de la Virgen de Sonsoles no refleja con firmeza la capacidad de autogestión de la gente agricultora y campesina de las barriadas del sur y de los pueblos adyacentes? ¿No han mantenido, a lo largo de 500 años, una ermita con sus terrenos adyacentes, un culto, unos bienes comunes de los campesinos del sur de Ávila, una confederación de municipios de comunidades unidos a través de las ofrendas? Así pues, se observa con nitidez cómo la religión sigue siendo una fuerza social y política que permite apoderarse del espacio urbano y construirse como ciudadanía.

La opción discursiva que plantea la autora, en mi opinión, trata de contrarrestar la mirada y el análisis del centro que reflejan las visiones hegemónicas, para captar las aspiraciones y acciones de los grupos periféricos no sólo en lo geográfico, sino también en la escala social y en la representación de la historia abulense. De este modo, estos grupos ganan espacios simbólicos en la interpretación que Cátedra hace de la ciudad.

Es justo mencionar la sutileza de la antropóloga para detenerse en las discrepancias y los conflictos vividos en esta ciudad, sin esquivar la mirada de las confrontaciones —en ocasiones más o menos— abiertas, públicas y, resueltas. Estos conflictos apuntalan la visión de una ciudad amurallada que contiene en su interior más muros: en el caso de la hermandad de la Virgen de Sonsoles, los litigios entre laicos y eclesiásticos; la de la Virgen de las Vacas que fue la única procesión que salió durante la República, ya que los socialistas y cofrades eran los mismos, e incluso alguna vez salió sin sacerdote; y el último paisaje, de la Fábrica de Harinas, que trata de recoger las distintas posturas que eliminaron un edificio emblemático que acompañaba las murallas y santuarios.

Otra cuestión sobre la que quisiera llamar la atención consiste en cómo estos paisajes recuperan a las mujeres, ya que estas Vírgenes, como sugiere Cátedra, revierten el protagonismo masculino, dando lugar a la madre, a la hermana, recuperando el papel de ciertas mujeres en la vida de la ciudad, haciendo resurgir las conexiones con otras heroínas como Santa Barbada y Ximena Blázquez. Santa Paula Barbada es la compañera de San Segundo en su ermita. Su historia cuenta que se trataba de una campesina humilde que nació cerca de Ávila —en la aldea de Cardeñosa—, y vio crecer su barba para engañar a un caballero que pretendía violarla cuando visitaba la ciudad. La leyenda de Ximena Blázquez relata cómo libra a la ciudad de la invasión de los moros colocando sombreros en las almenas de la ciudad, haciendo así creer que la muralla disponía de una numerosa salvaguardia. Protectora es también la Virgen de Sonsoles, quien según el relato defiende a la ciudad de la invasión de las tropas rojas bajo el aspecto de una viejecita. Historias que exaltan a las mujeres, que las recuerdan como heroínas, protectoras y modelos de la tierra.

En conclusión, este libro invita a enriquecer algunas de las clásicas imágenes de la ciudad de los Santos, de los Caballeros, del Rey, con otras nuevas como la ciudad de los laicos, de los agricultores, de los obreros, de las mujeres, de los jóvenes, de los niños, de las Vírgenes, de las procesiones ruidosas y alegres, de la Fábrica de Harinas y del Valle Amblés. ¡Añadan ustedes las que gusten, eso sí, después de su lectura!